



CARTA TERCERA.



APRECIABLE amigo.—Supongo á V. muy fatigado con la lectura de la Carta precedente, por la que habrá visto que los vireyes de la audiencia real de México hicieron los mayores esfuerzos con sus cañones de avestruz para sufocar la revolucion, como los militares con los de artillería, y de paso apuraron el lenguaje del sarcasmo y diatribas las mas crueles para abrumarnos con el peso de la ignominia y oprobio. Tuvieron muchos españoles coolaboradores para conseguirlo, distinguiéndose entre ellos un licenciado llamado *Juan Martin de Juan Martiñena*. ¿Quién es este *Juan de Juanes*, me preguntará V., porque este nombre me es desconocido, y no lo encuentro en el Santoral ni en el famoso calendario de Cumplido? Pregunta justa, y á que debo satisfacer.

No comenzaré mi relacion como un yucateco escribiendo la historia de un paisano suyo; (que era alhaja de gabinete) diciendo. . . „*Nació este bellaco.*” No, señor, nació el niño *Juan*, segun unos en Vizcaya, y otros en Navarra; pero esto importa poco averiguarlo, y no, yo no haré de éste las indagaciones que los críticos han hecho para examinar en cual ciudad de España na-

ció el admirable Miguel Cervantes ni el poeta Homero, cuya cuna se disputaron siete ciudades de Grecia; basta decir *que nació*, y no para honra de la humanidad, sino para vilipendiar á esta América que le dió asilo y le proporcionó riquezas como despues veremos. Se matriculó en leyes en la Universidad de Pamplona; pero abandonó la carrera y vino á Nueva-España á buscar fortuna en pós de su tío *D. Juan Bautista Echarri*, plantador de nopaleras en que se cultiva la grana en Oaxaca; destinólo á que arrease indios de los que entienden en estas operaciones, donde yo le ví montado caballero en una mala mula y enfermo de cuartana; pero conociendo que Dios no lo llamaba por el camino de granero, se trasladó á México á practicar en el estudio del *Lic. Bernal y Malo* donde se le recogió como á un huerfanito digno de compasion; túvola de él la señorita su cuñada que pasó á ser su esposa, y heme aquí á mi niño *Juan* con mando en la casa, y con aquel tono de autoridad gachupinezca; ya no le gustaba el pan de México al que acaso antes se alimentaba con pambasos; hizose abogado para cuya funcion de colegio le trabajó el caso mi sabio hermano *D. Manuel Bustamante*; halló muy luego proteccion entre sus paisanos, porque un gachupinato aquí era una prebenda; se hizo el oráculo de la casa del finado *D. Gabriel de Yermo*, y se constituyó su segundo en la revolucion contra el virey Iturrigaray; por su influjo y dinero consiguió los honores de oidor de esta audiencia; formó la primera proclama con que se anunció el arresto del virey que comienza (segun dicen malas lenguas.) La necesidad no está sujeta á las leyes comunes. El pueblo se ha apoderado de la persona del Exmo. Sr. Virey. . . . y esto lo decia á la sazón misma que al pueblo se le asestaba la artillería para que no lo pusiese en libertad. ¡Tal era la lógica del niño *Juan!* Abanderizado con todos los de su calaña, que entonces eran grandes personajes, levantaba entre ellos el manípulo como José en la casa de Jacob. Nombrósele el año de 1819, cuando se restableció la constitucion, fiscal de imprenta, y teniendo por compañero á un *D. Javier de Gabriel yerno* del conde del Venadito, denunció cuantos papeles salian al público, y á mí me denunció una memoria que publiqué en Vera-

cruz dirigida al ayuntamiento para que interpusiese sus altos respetos con el virey y para que tuviese pláticas de paz y acomodamiento con los disidentes, y no se derramase mas sangre americana, asi como lo hizo el ayuntamiento de Lóndres con aquel gobierno para dar punto á la revolucion de los Estados- Unidos de Norte América; creo que esto no era denunciabile entre gente cristiana y piadosa; sin embargo fué aperebido de orden del gobierno y aprobacion de la junta de censura donde no faltaron *Juanes* como el supradicho.

La revolucion en 1820 si no habia de todo punto calmado, habia empero cesado en sus furores, merced á la lenidad y mansedumbre del conde del Venadito; su carácter benévolo y conciliador le habia atraído dulcemente el aprecio aun de los mismos caudillos de la revolucion. En este estado de cosas parecia muy natural que el niño *Juan* procurase por su parte consumir la obra de la paz; mas nada de esto sucedió, pues entonces se dedicó á trabajar é imprimir un tomo en folio que intituló. . . . *Verdadero origen, carácter, causas, resortes, fines y progresos de la revolucion de Nueva-España, y defensa de los europeos en general residentes en ella, y especialmente de los autores de la aprehencion y destitucion del virey D. José Iturrigaray en la noche del 15 de setiembre de 1808 contra los falsos calumniadores que los infaman, y atribuyen al indicado suceso á opresion, agresiones, y ofensas de su parte contra los americanos, la desastrosa revolucion que ha assolado este reino* *. Dicha obra consta de 173 páginas: 107 de lectura grande, y 66 de letra de breviarío, impresion sin duda costosísima en México. Guardóse muy bien el niño *Juan* de ponerle su nombre, y creo piadosamente que no por pudor sino por temor de correr la suerte del comandante Concha asesinado en las orillas de Jalapa; pero todo el mundo sepá que era parto suyo y él, y solo él su autor. La impresion se hizo guardándose la mayor *reserva* y cual tienen los criminales para perpetrar sus maldades; pero una buena gratificacion dada á un oficial de la imprenta bastó para descubrirla y que se hiciese pública; por lo mismo se buscó, y el que la consiguió la

* Impreso en la oficina de D. Juan Bautista Arispe año de 1820.

guarda como un testimonio de la mayor perfidia é iniquidad bastante por sí solo para justificar ante las edades futuras, la justicia de nuestra emancipacion.

El niño *Juan* cometió la supercheria de ponernos á la pág. 1^a dizque un manifiesto que *el superior gobierno de Nueva-España constituido por su legitimo soberano el Sr. D. Fernando VII y representado por el virey D. Felix Maria Calleja, hace á todas las naciones contra las falsedades, calumnias y errores que han producido los rebeldes de México en un papel intitulado: El supremo congreso mexicano á todas las naciones, escrito en Puruarán á 28 de junio de 1815.*—Supónelo datado en 15 de Enero de 1816. Sin firma del virey ni de su secretario como se estila en la diplomacia para que esta clase de documentos se tengan por autenticos y sean creidos. Fuera de que, su lenguaje soez y de taberna no era posible que se usase no digo para hablar á las naciones cultas de Europa, pues apenas seria tolerable si se dirigiese á bárbaros Esquimales ó Iroqueses. Ni cómo era posible que un documento de esta categoria se emplease en describir el carácter particular de cada uno de los que formamos el congreso de Chilpancingo usando de las expresiones mas atroces y ensañadas como se lee en la reseña de fojas 13 á 18. . . . La *bestia* de Morelos, (dice) clérigo estúpido, de sangre oscura y costumbres cerriles fué vaquero y en él labrabamos la felicidad de nuestra patria. Yo pregunto ¿quién será mas bestia, Morelos ó el que de un modo tan ruin pretende con tal supercheria engañar á la nacion y darle valia á ese supuesto manifiesto? Por lo que á mí toca dispense al niño *Juan* lo que de mí dice. . . . Pero el mas *vil* de todos los los insurgentes, (son sus palabras) es el Lic. Bustamante. . . . Llámame ademas cobarde (aunque no ha probado mi valor) y *embustero, hipócrita, charlatan*; sí, niño *Juan*, sí, te doy las gracias, me has honrado: tu calificacion es mi blason honroso. . . Echa, echa sobre mi sepulcro esos denuestos que yo los miraré como flores de honor. Por este tenor son todas las demas calificaciones; pero sábete que este *embustero, hipócrita y charlatan* ha contribuido á libertar su patria que vosotros teniais esclavizada, esta será una virtud contra la que no prevalecerán los siglos, será

la misma que honrará siempre á los Macabeos, y á los mas ilustrados griegos y romanos. ¡Ah! si yo pudiera besaria tu mano colosal que escribió estos títulos de honor. . . .

En razon de esto son los innumerables desatinos é injurias que en tan gran volumen escribió el niño *Juan*, y son de tal naturaleza, que si cuando apareció este escrito no hubiera dado el grito en Iguala el Sr. Iturbide, él solo habria bastado para poner en armas á toda la América, y que reapareciese la revolucion con el mismo furor que comenzó en el pueblo de Dolores en 1810. Gloriáte niño *Juan* de haber dado un nuevo impulso *contra tu intencion* á la libertad mexicana. ¡Qué chasco te has pegado vive Dios! Este es el buen español amante de *la paz* de su rey y de la conservacion de estos que llamaba sus dominios, y por lo que poniendo pies en polvorosa llevando el riñon bien cubierto (dícese que registró doscientos mil pesos adquiridos en este pais á quien tanto deturpó), fué á meterse en su *servicio*, digno lugar adquirido con tales méritos.

Hé aquí, amigo mio, el papel que no creí deber transcribir á V.: cansado ya de leer tantas injurias contra los pobres mexicanos † tiempo es ya de que cambie V. su aspecto torvo y avinagrado, en plácido y festivo, leyendo ahora un *Manifiesto de la junta suprema de la nacion á los americanos en el aniversario del dia 16 de setiembre de 1810*, en el concepto de que elijo este documento por ser el primero que se publicó en loor de aquel dia fausto, y tambien el *primero* que se vió la luz en Londres con mucho aprecio, donde no se tenia idea de nuestra revolucion mas que por oidas, y por el que el *S. Blanco Withe* nos auguró un buen resultado como contaba el P. Mier y fué recibido por mano del marqués del Apartado; dice así: §

„Americanos: cuando vuestra Junta nacional impedida hasta ahora de hablaros por el cúmulo vastísimo de cuidados á

† No es esto lo sensible; sino que el niño *Juan* tiene entre nosotros hombres que le imitan, por ejemplo un D. *Francisco Carbajal* como puede verse en el siglo 19 de 7 de octubre de 1814 en que me colma de improperios y ¡por qué? por la misma causa que prodria hacerlo Martiñena, por afecto á la memoria de Iturrigaray.

§ Redactólo el sábio patriota D. Andrés Quintana-Roo.

que ha tenido que aplicar su atencion, os dá cuenta de sus operaciones, de los sucesos prósperos que han producido, ó de los reveses que no siempre ha podido evitar, escoje para llenar esta obligacion reclamada por la confianza con que habeis depositado en sus manos el destino de vuestra patria, la interesante circunstancia de un dia que debe ser indeleble en la memoria de todo buen ciudadano. . . . Dia 16 de setiembre! el espíritu engrandecido con los tiernos recuerdos de este dia, estiendo su vista á la antigüedad de los tiempos, compara las épocas, nota sus diferencias, vé lo que fuimos, esclavos encorvados bajo la coyunda de la servidumbre, mira lo que empezamos á ser, hombres libres, ciudadanos, miembros del estado con accion á influir en su suerte, á establecer leyes, á velar sobre su observancia; y al formar este paralelo sublime, exclama enagenado de gozo. . . . ¡oh dia de gloria! ¡dia inmortal! permanece grabado con caractéres perdurables en los corazones reconocidos de los americanos. . . . ¡oh dia de regeneracion y de vida!

Inesperadas dichas, imprevistas adversidades, pérdidas sucediendo á victorias, triunfos llenando el vacio de las derrotas: la nacion elevada hasta la altura de la independenciam, descendiendo luego al abismo de su abyecto estado: ayudada en su primer esfuerzo por la influencia protectora de la fortuna: abandonada despues por esta deidad inconstante amiga de la virtud, y compañera del crimen: subiendo paso á paso desde el ínfimo grado del abatimiento hasta la excélsa cumbre en que hoy se halla colocada magestuosa y serena. Hé aquí, americanos, el cuadro prodigioso de los acaecimientos que en el transcurso de dos años han formado la escena de la revolucion, cuya historia va á trazar con sucintas lineas vuestro congreso nacional.

Dase en Dolores un grito repentino de libertad, resuena hasta las estremidades del reino como el éco de una voz despedida en la concavidad de una selva: agítanse los ánimos: réunen en crecidas porciones para hacer respetable la autoridad de sus reclamaciones: ven los pueblos el peligro de su situacion, y conocen la necesidad de remediarla: júntase un ejército que sin

disciplina y pericia expugna á Guanajuato, supera la posición de Granaditas, toma la ciudad donde es recibido con aclamaciones de júbilo, y marcha victorioso hasta las puertas de la capital. Empéñase allí una porfiada pelea: triunfa la inexperiencia de la sagacidad; el entusiasmo de una multitud inerme contra la arreglada union de las filas mercenarias: corona la victoria el heroísmo de nuestros esfuerzos, y los escuadrones enemigos en pequeños miserables restos, buscan el refugio de los hospitales para curar sus heridas. El campo de las cruces queda por los valientes reconquistadores de su libertad, que tan indignados contra el tiránico poder que los obliga á derramar su propia sangre, como deseosos de economizarla, suspenden sus tiros mortíferos á la vista de las insignias de paz y de concordia divisadas en el campo de los contrarios para herir con este ardid alévoso jamas usado entre bárbaros á quienes no pudieron rechazar con la fuerza de sus armas. Sobrepónense sin embargo las disposiciones de fraternidad á los excesos del furor en que debió precipitarnos tan salvaje felonía, y los medianeros de la conciliación enviados con temor y desconfianza, se presentan á los vencidos á proponer y ajustar un tratado que restituyese la tranquilidad, y asegurase la armonía. Este paso de sinceridad fué despreciado, desatendidas nuestras propuestas, mofadas irrisoriamente, y respondidas con insultos y provocaciones irritantes. Cansados, en fin, de hablar sin esperanza ya de ser oídos, fué la intención pasar adelante y sacar de aquel triunfo por el medio de la fuerza todas las ventajas que ofrecía á unos y otros el de la razón, y la dulzura; mas la incertidumbre del estado de la capital: la inacción de sus habitantes obligados por la tiranía á encerrarse en lo interior de sus moradas: el justo temor de los desórdenes á que se hubiera entregado una multitud embriagada con su triunfo, é incapaz todavía de sujeción á una autoridad naciente; hace retroceder el ejército, y se reserva para sazón mas oportuna la decisiva entrada en la corte. Este movimiento retrógrado, es mirado por diferentes aspectos segun la intención y capacidad de los censores: la deter-

minación empero de alejar el grueso de nuestras fuerzas de aquel punto es llevada á cabo, y conducido á Guadalajara el ejército de las cruces. Allí despues de conocida en la infortunada refriega de Aculco la necesidad del orden, se empieza la organización, la disciplina, la subordinación y arreglo del soldado. Todas las preparaciones se aprestan, todas las disposiciones se toman para recibir la división enemiga del centro, que al mando de Calleja marcha á dispersarnos, y sin concluir los preparativos descarga el ímpetu de diez mil hombres armados contra el débil estorbo de 600 soldados visosos que resistieron con esfuerzo increíble un choque en que el valor estuvo de su parte, aunque tuvieron en contra la fortuna. Traban la lid en el puente de Calderon defendido con heroísmo, y es vencido por los contrarios que se abren paso por él para entrarse á la ciudad. Verificóse en efecto la entrada, y la dispersión de la tropa que fué su consecuencia infausta, precipita la salida de los generales, que superiores al maligno influjo de su estrella, caminan con la imperturbable serenidad de los héroes á refugiarse á las provincias remotas de lo interior, donde abandonados á la mala suerte que es el distintivo de las almas grandes, son aprendidos con vileza por los caribes de aquel rumbo.

Parecia que la Providencia quiso poner nuestra constancia á una prueba terrible y dudosa, y que el edificio del estado conmovido con violentos vaivenes iba ya á desmoronarse, y quedar sepultado en sus mismas ruinas; cuando una invisible fuerza detiene su amenazante destrucción, y suscita nuevos campeones que reparan las pérdidas, hacen revivir el espíritu amortiguado del pueblo, y lo conducen por el camino de los sacrificios al término de la victoria. Las reliquias del fugado ejército de Calderon, parte sigue á los generales, parte se reúne bajo la conducta de un caudillo que fué en aquella época la única firmísima columna á la insurrección. § Este triunfo en Zacatecas, dá la batalla memorable del Maguey, y la jornada de los Piñones en que oprimido el soldado de necesidades mortíferas

§ Ya se ha visto por las cartas anteriores de este Cuadro histórico, que este fué el Sr. Lic. D. Ignacio Lopez Rayon. Su retirada recuerda la de los diez mil griegos.

vió perecer al rigor de la sed algunos de sus compañeros, y preparó para los gloriosos acontecimientos de Zitácuaro. Esta villa es dos veces el teatro de nuestros triunfos, y quince fusileros protegidos de inexpertos guerreros con la anticuada arma de la honda, vencen la táctica del día diestramente dirigida por sus científicos contrarios. *Latorre* perece con su division; la de *Emparan* es rechazada por un número de hombres diez veces menor, sin que de la intrépida del primero haya libertadose uno que diese al cruel gobierno noticia de esta catástrofe. Por todas partes se dejan ver los trofeos del vencimiento, en tanto que el esforzado *Villagran*, emposionado del Norte, acomete sin interrupcion las reuniones de esclavos que infestan su demarcacion, intercepta convoyes, obstruye la comunicacion al enemigo, y lo hostiliza incesantemente con la lentitud mas funesta. Por el Sur, el bizarro, valeroso é invicto *Morelos*, todo lo sujeta con suave violencia al imperio de la nacion, todo lo domina, todo lo arregla y consolida con indecible rapidez, consiguiendo tantas victorias, cuantas batallas dá ó recibe.

Mientras nuestras armas hacen por estos rumbos tan rápidos y brillantes progresos, los vencedores de Zitácuaro se aprovechan de sus triunfos, aumentan la tropa, la inspiran el espíritu de disciplina y obediencia, y se concibe y ejecuta allí el proyecto mas útil, mas grandioso y necesario á la nacion en sus circunstancias. Eríjese una junta que dirija las operaciones, organiza todos los ramos de un buen gobierno, y dá unidad y armonia al sistema de la administracion inevitable para precaver los horrores de la anarquía. Al punto es reconocida y respetada su autoridad, y los pueblos enteros acuden ansiosos á sancionar con su obediencia la instalacion del congreso. Prepárase entonces el ataque de aquella villa insigne, primer santuario de la libertad, y sus heroicos vecinos se deciden á resistirlo y escarmentar la osadia de los agresores. Acercanse á probar fortuna, acometen furiosos animados del espíritu de *Calleja*: dáse la señal del combate, y sus tropas, superiores en número, superiores en pericia y armas al corto número de los nuestros inermes é indisciplinados, experimentan el valor de los hombres libres,

y tienen que llorar el efímero triunfo de su desesperada intrepidez y audacia. Profanan aquel magestuoso recinto consagrado á la inmortalidad de los héroes, y el hierro y el acero todo lo sacrifican á la implacable venganza del opresor: se incendia, se le despoja del patrimonio de sus tierras, y sus infelices habitantes, unos son cruelmente arcabuseados, y los mas proscritos ó desterrados.

Esperabase ver concluida esta escena sangrienta para descargar sobre las fuerzas reunidas del Sur las del bárbaro ejército del centro. Marcha á la lucha engreido del reciente triunfo, y dase principio al asedio memorable de las *Amilpas*. Setenta y cinco días dura este cuyo éxito feliz llena de gloria á *Morelos* y de confusion á su enemigo. Disminuida y debilitada su gente, proyecta levantar el sitio, cuando el estado de la hambre y peste á que el pueblo estaba reducido, hace prolongarlo en la esperanza de rendir á sus defensores. Frustrase este designio: el general estrechamente cercado, rompe una de la linea, y sale magestuoso por en medio de los sitiadores sobrecogidos de terror á la presencia de una accion casi sin ejemplo en la milicia. Vuelve burlado á México el irrisible ejército de *Calleja*: abdica el mando, ó se le despoja de él; cambia el aspecto de las cosas, ya todo es prosperidad, todo aumento para nuestras armas. Emprendese el sitio de *Toluca*, cuya plaza cercana á rendirse es abandonada por la falta de pertrecho consumido en multiplicadas luchas, todas gloriosas si se atiende á que los medios de la agresion fueron increíblemente desiguales á los de la defensa y resistencia. *Lerma* batida de superiores fuerzas vence honrosamente: sale triunfante nuestro pequeño ejército que reunido al de *Toluca*, parte á *Tenango*, donde se prepara á nuevos combates.

Dudabase entonces si convendría empeñar el que se disponia darnos, ó hacer una retirada que sin comprometer el decoro de la nacion, la pusiese á cubierto de los contratiempos que se seguirian de la derrota probabilísima que debia sufrir, acometido por una potencia cien veces mas ventajosa que la de trescientos fusiles que guarnecian la plaza. El deseo de vencer, hace abra-

zar el último partido: resuélvese corresponder al entusiasmo de la tropa que impaciente y valerosa, aguarda al enemigo; avistanse los combatientes: el valor de pocos repele la audacia de muchos. Cuatro días de gloria en que fué siempre repelido Castillo Bustamante, no impiden el avance de su infantería por el punto menos fuerte del cerco, cuya extensa circunferencia no pudo ser cubierta de nuestra poca tropa. Vencido, pues, el obstáculo que oponía aquella eminencia á la rendición del pueblo, se medita libertarlo de la rapacidad de los bárbaros, y se ordena la retirada á Sultepec. Mientras se efectúa esta, los infelices prisioneros y cuantos su mala suerte puso á discreción del vencedor, fueron inhumanamente inmolados á la crueldad del despechado Bustamante. Cometiéronse excesos de todo género, y el desgraciado Tenango es el teatro de atrocidades inauditas. El inocente infante, el venerable anciano, la muger respetable por la fragilidad de su sexo, y lo que es mas, lo que no puede decirse sin dolor y sentimiento de la religión que profesamos, los ministros del santuario, los ungidos del Señor elevados sobre la esfera de lo mortal, sufren la muerte mas bárbara que han visto los tiempos, y clavados á las bayonetas sirven de trofeo á la victoria.

La junta ya refugiada en Sultepec prueba las consecuencias de este infortunio. Cree como indudable que al saciarse la saña de los caribes con la desolación de Tenango vendría á invadir á Sultepec indefenso y desprevenido. Este fundado recelo hace emprender la retirada, no á punto determinado, sino á los diversos lugares que se decretó visitar por los individuos del congreso para imponerse del estado de las poblaciones, y remediar sus necesidades. Las ventajas de esta medida se estan palpando en los multiplicados ataques que diariamente se dan con aumento de crédito y valor en nuestras tropas. En solos tres meses, repuestos ventajosamente, hemos avanzado al enemigo en los gloriosos encuentros de las cercanías de Patzcuaro mas de cuatrocientos fusiles, y disminuido el recurso de nuestros opresores en el considerable descalabro que han sufrido del convoy que conducían á Guadalajara.

Tantas prosperidades despues que tantos desastres y vicisitudes tan contrarias, nos han enseñado á ser pacientes en la adversa, y moderados en la buena fortuna; no las miramos con los ojos de la ambición, que refiriéndolo todo al acrecentamiento de la grandeza á que aspira elevarse, desprecia la sangre de los hombres, y escucha con insensible frialdad los quejidos de los moribundos tendidos en el campo de batalla. No, americanos, los pensamientos de paz nunca estan mas profundamente grabados en nuestros corazones, como cuando la victoria corona la constancia de nuestras tropas, y forma un héroe de cada uno de nuestros soldados. Entónces brindámos con la union á vuestros tiranos, envainamos la espada que pudiera destruirlos, y dejamos ver nuestras manos triunfantes con un ramo de oliva que los llama á la amistad, y con ella á su conservacion. Si la guerra prolonga nuestros males, y multiplica los estragos de la desolacion, culpa es del gobierno que oprime nuestra patria, culpa es de esa manada envilecida de esclavos, que ya con las armas, ya con sus plumas dignas de tal causa, adulan su capricho, hacen que se crea invencible señor de nuestros destinos, y como el padre del olimpo, sea capaz de reducirnos á polvo con una sola mirada de indignacion y de cólera. De aquí la pertinacia de continuar la guerra; de aquí el frenesí de apodarnos con denuestos groseros é inciviles, cuando débiles é impotentes provocan nuestra venganza, é incitan nuestro sufrimiento. Este, contenido siempre en los límites de la moderacion que distingue nuestro carácter de la arrogancia, ó mas bien de la altivéz española, es acusado de inerte y apático, de indolente y desalentado. Mas fieles á nuestros principios filantrópicos y humanos, nos honramos con esta nota de que no intentamos vindicarnos, porque los epítetos de crueles y bárbaros que se subrogarian á los otros, nos ofenderian; tanto mas, cuanto siendo peculiares á la conducta observada de nuestros enemigos, se confundiria nuestra civilizacion con su barbarie, nuestra compasion con su dureza, la ferocidad de su índole con la dulzura y suavidad de la nuestra.

Vióse resaltar vivamente este contraste el día en que con apa-